Junio (?) 1937

2 INC/32
LEGADO COMIN

14.ª DIVISIÓN

SEMANARIO DEL FRENTE
AÑO I NUM. 8

(DIBUJO DE SOUTO)

¡¡ Hacia la victoria definitiva !!

Biblioteca Nacional de España

SOLOS, HACIA LA VICTORIA

¡Hijos del pueblo!

Cuando sobre vuestras cabezas se cernía, amenazadora y negra, la nube densa de la ofensiva rebelde; de esa ofensiva gigantesca que creyeron había de terminar en victoria definitiva, estuvisteis solos. Solos con vuestro valor y vuestro heroísmo. Y vosotros os bastasteis para frenar el ímpetu del invasor y a detenerle, precisamente en el instante en que ya alargaba las manos para coger la presa que creyó segura.

Costó ríos de sangre proletaria y cientos de vidas de hombres del pueblo. Pero la ofensiva gigante se estrelló ante el muro tenso de los pechos proletarios.

Cuando en los días de equilibrio que siguieron a esa ofensiva el fascismo internacional intensificó su intervención en la contienda española, prestando todo género de ayuda a los sublevados contra la legalidad querida por el pueblo, también los combatientes del Ejército popular experimentaron en el fondo de su alma la sensación de la más dolorosa de las soledades, tan sólo mitigada por la compañía de algunos hombres heroicos, que dejaron su patria y su familia para prestar al pueblo español el apoyo cálido de su solidaridad efectiva.

Tampoco el desengaño fué suficiente a doblegar vuestros bustos erguidos ante el invasor, y entre asperezas de sinsabores morales marchasteis, seguros, por las rutas de España, solos en vuestro heroísmo inimitable.

Cuando el enemigo del pueblo ha entrado en franco declive, cuando sus frenos guerreros ya no bastan a tascar las ruedas que se aceleran en la pendiente, también estáis solos. No importa que Alemania e Italia extremen sus crímenes y lleven al colmo el vandalismo que las caracteriza: continuáis solos en el concierto internacional; continuáis solos con vuestros espíritus tenso, seguros ya del triunfo que inexorablemente os traerán vuestros nervios serenos y vuestros músculos tensos.

Tampoco las últimas sacudidas del monstruo han sido suficientes para que los hipócritas de siempre se decidan a haceros compañía en la senda dura que atravesáis.

Cuando el enemigo del pueblo arríe sus banderas ante el empuje de las vuestras; cuando el mundo entero tenga que aceptar vuestra victoria sin igual; cuando sobre los ámbitos de la tierra se extienda la fama de vuestro triunfo, entonces quizás os salgan compañeros; entonces quizás muchas gentes os quieran hacer compañía.

Pero será ya demasiado tarde. Entonces, vosotros, seguiréis como ahora solos vuestro camino de triunfo. Y ante el pueblo español se abrirán horizontes vacíos de compañías malsanas, pletóricos de esperanzas ilusionadas.

¡Hijos del pueblo! Siempre estuvisteis solos; no aceptéis jamás compañías inseguras.

¡Por la victoria del pueblo! ¡Por el triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División,
M. VALLE

A CIPRIANO MERA

Cuando fuimos juntos al frente,
Luchaba siempre solo, tenaz y silencioso.
Su figura callada era algo imponente
En medio del ruido al verle silente
Se mordía un silencio espantoso.

¡Es la guerra! Me dijo. ¡Es la guerra!
Era Cipriano Mera, era que su voz sonaba.
Tenía un despertar rugiente que atronaba
Con ecos disonantes que agitaban la tierra
Y un ingente llamear en su voz tremolaba.

Los pechos se inflamaban de ardores,
Alegres vibraban cuando era riente,
Temblaban de ira al contarnos horrores
Y nos sugestionaba de un modo inconsciente.

Vimos la felicidad como en un sueño,
Vimos la Revolución como una luz,
De nuestras voluntades se hizo dueño.
Derribamos con hechos el mito y la Cruz.

¡Avante España! ¡En pie, trabajadores!
Seguid al caudillo que es hoy Jefe vuestro,
Pero que, ¡escuchadlo!, será siempre nuestro
Y será el mejor entre los mejores.

Loor al héroe y honor al caído,
Al que triunfa, al que vence, al que lucha,
al herido.

Pero, camarada, ¡escucha!
El que en mil combates siempre era el primero,
Además de mandar siempre fué vuestro hermano,

Ese era Cipriano.
¡El es un obrero!...

D'ART.

Biblioteca Nacional de España

Invasión y auto disciplina

En los primeros momentos de la guerra y de la revolución las masas populares solo sentían el ardor de la lucha, y las formaciones de tipo irregular, donde los conocimientos técnicos militares y los equipos regulares estaban compensados por un entusiasmo sin límites y por una capacidad de sacrificio inigualable. Y, sin embargo, aquellos grupos heroicos, para enfrentarse con las fuerzas militarizadas rigurosamente y rigurosamente disciplinadas, necesitaban una conexión íntima, una trabazón interna, que les era imprescindible para luchar con posibilidades de triunfo final y rotundo.

Pronto se convencieron los organizadores de las milicias populares, los conductores de las masas del pueblo en armas, de que era necesario cambiar de sistema, si bien no de estilo, para conseguir la victoria; pronto nos convencimos todos de que para obtener el triunfo, por el que tantos sacrificios se realizaron y se realizan, era preciso, además de persistir en la misma voluntad heroica, autodisciplinarse para la guerra, aceptar, para los duros momentos del combate, esa disciplina férrea sobre la que se montan los triunfos en los campos de batalla. Una disciplina que, sin embargo, tenía que ser distinta de la disciplina hueca, de firmes y taconazo, que ha caracterizado a las tropas que en lugar de sentir un ideal que las impulsase al sacrificio, experimentaban un temor que las llevaba hacia la muerte, sin gloria y sin honor.

Y la evolución se fué fraguando con cierta lentitud, pero con inexorable seguridad; hubo resistencia y suspicacias, pero finalmente el criterio unánime de realizar los mayores sacrificios para lograr el triunfo llevó a las masas rebeldes a toda disciplina, enemigas de todo autoritarismo, a aceptar la disciplina militar y a someterse ciegamente a la autoridad de los hombres que con superiores conocimientos técnicos militares unían también en su espíritu la mayor capacidad de sacrificio y los más profundos sentimientos antifascistas; de hombres que, en una palabra, fueran garantía de lealtad y en los que no pudiera surgir la más leve duda incluso en los momentos en que el cumplimiento exacto de sus deberes les exigía los mayores sacrificios, incluso el de la vida, incluso el de avizorar sus cuerpos doblados en trapo sobre las alambradas enemigas o sobre los sacos terreros, con salpicaduras de sudor y de sangre, de las propias trincheras.

Una vez vencida esa resistencia inicial, esa repugnancia innata en las masas populares revolucionarias a someterse ciegamente a las órdenes emanadas por vía de autoridad, la posibilidad de conseguir una victoria rápida, un triunfo rotundo, se acercó a paso agigantados. Y sería ya una realidad si las potencias fascistas no se hubiesen volcado con todo su ímpetu sobre los campos de batalla españoles, y si no hubiesen prestado a los que en julio del 36 se levantaron en armas contra la voluntad popular todo género de apoyos morales y materiales. Si las potencias fascistas no hubiesen lanzado a través de nuestros campos ensangrentados sus máquinas de destrucción y sus hombres con mirar de esclavos, la guerra se hubiera terminado ya; si las potencias fascistas no hubiesen cubierto el cielo de España con sus pájaros negros de destrucción y de muerte, de esos pájaros con entrañas de metralla y de dinamita que han arruinado a tantos pueblos de todos los confines de Iberia y que han segado en flor tantas vidas de inocentes, de indefensos, hace mucho tiempo que sobre los surcos calientes de los pueblos españoles se cantarían las elegías rientes de la paz y del trabajo fecundo.

Frente a la invasión el pueblo español tuvo que oponer su capacidad de sacrificio y su voluntad de autodisciplinarse. La disciplina era uno de los caminos que conducían a la victoria, y este pueblo nuestro se lanzó por él con el ánimo sereno y abierto a todos los sacrificios, con ese mismo espíritu tenso y seguro con que sus hombres se lanzan al asalto de las trincheras enemigas.

A los sublevados en julio, a los que se levantaron en armas contra los destinos que el pueblo había señalado a nuestra Patria, se les podía vencer con las solas armas del entusiasmo y del coraje que fueron la tónica de los primeros días, el fulcro de las primeras victorias.

Pero a los invasores había que vencerlos aunando a ese entusiasmo y a ese coraje la disciplina.

Y esa palabra, con todo su regusto amargo en las bocas populares, fué también incorporada a los lemas del pueblo en armas, como holocausto riguroso a la Victoria limpia y exacta con que todos los hijos de Iberia piensan iniciar la redención de sus vidas.

Animo y adelante

No creo haya hoy ningún antifascista que dude de las penalidades que la cruenta y maldita guerra nos ha hecho y nos hace padecer. Pero también habrá muchísimos que, bien por las orientaciones que hayan tenido, o porque se hayan encontrado dentro de las actividades de ellas, no ignoren el enorme torrente de sufrimientos y sacrificios que otras guerras anteriores han producido.

Estas guerras, casi la totalidad de ellas eran provocadas por disputas de reinados, por convenios y ambiciones capitalistas, etc., que todo lo contrario a buenas aportaciones era lo que adquirían, los que en realidad la defendían, siendo éstos siempre los nobles y sinceros trabajadores. Y, sin embargo, a pesar de ser éstos los perjudicados por todos los conceptos, se lanzaban a la lucha, aunque nada más fuera porque saliese vencedora la parte que ellos integraban, toda vez que la inmensa mayoría no sabían ni lo que defendían.

Y si en esas ingenuas ocasiones para el luchador se ha activado con tan gran valor y ahínco, ¿por qué hoy, que todos sabemos o creo todos sepamos que lo que defendemos es la libertad, que es lo más grande; el pan y el bienestar de todos los hogares de la masa proletaria, junto a otras muchas cualidades a favor de la misma, por qué hemos de poner atención en las incomodidades que se nos presenten? Nada veo más penoso, triste y lamentable que el morir; y, sin embargo, morir defendiendo la causa es la mayor honradez que un antifascista pueda dejar en su memoria. Así que, entonces, ¿a que detenernos?

Camaradas, hoy que hemos visto el descalabro sufrido por todos los sitios que han intentado las tropas mercenarias, es cuando todos los que componemos el glorioso Ejército republicano debemos lanzarnos con todo el brío y arrojo de luchadores y siempre con el recuerdo de las palabras ¡Animo y adelante!, a cubrir todos los objetivos que nuestros Jefes nos señalen, ya que en ellos debemos prestar toda nuestra confianza. Y de esta forma podemos tener por seguro que no en tiempo muy lejano veremos libre de toda la canalla fascista a todo el suelo español. Entonces podremos pasear libremente todos los rincones que hoy nos tienen prohibidos los criminales de Franco, sitios tan apreciados y donde tanto recuerdo les tenemos la mayoría, por ser donde tenemos padres, hermanos, compañeras, novias, etcétera, etc., y aunque nada más sea por el mero hecho de haber nacido en ellos.

Compañeros, hoy tenemos horas muy buenas y muy críticas para con un esfuerzo unido podamos exterminar de una vez y para siempre a esa mala semilla.

¡Animo y adelante!, y a por ellos, que pronto lo conseguiremos.

Julián Oter,

Sargento de Transmisiones del 4.º Batallón de la 70 Brigada Mixta.

3 junio 1937.

Biblioteca Nacional de España

POR ESTO TOMAMOS PARTE EN LA GUERRA

Nosotros, los revolucionarios, los que constantemente hemos criticado en tantas ocasiones como hemos tenido el militarismo y sus consecuencias, hoy, aunque parezca paradógico, somos sus más fervientes defensores y propagamos a los cuatro vientos la creación de un Ejército fuerte y disciplinado.

Habrá algunos que sin pararse en hacer un estudio analítico de los momentos por que atravesamos en España, crean que hemos hecho dejación de nuestros principios y, dando un viraje en redondo, nos pongamos, como vulgarmente se dice, del sol que más calienta. No, compañeros, no; es que las circunstancias lo exigen así. Nosotros criticábamos y combatíamos al antiguo Ejército, porque comprendíamos que su misión era perjudicial para el proletariado en general y para la paz del mundo, puesto que sus componentes eran hombres todos poseídos de unos apetitos bastardos, y además influenciados por la reacción más negra de todos los países, que servía de engranaje entre el capitalismo y ellos para poner en marcha la máquina odiosa de la tiranía y la esclavitud. No es tampoco que nosotros hayamos sido influenciados por los arrullos de los propagandistas que cantan las excelsitudes de tener en nuestro país un Ejército para emplearle en ocasiones futuras, en conquistas napoleónicas, ¡no! Nosotros queremos un Ejército disciplinado, compuesto de unos mandos que sientan el problema de la lucha que el pueblo español tiene planteado, y de esta forma ellos, con su capacidad y buena fe, y nosotros, con nuestras disciplina y valor, demos al traste con toda la opresión de que toda la vida fuimos víctimas y que, cuando finalice la guerra, podamos, sin trabas ni coacciones de ninguna especie, dedicar nuestras actividades y energías—hoy bastante resquebrajadas a consecuencia de la guerra—en reconstruir nuestro país, sobre las ruinas que a su paso dejó la bota ensangrentada del antiguo militarismo, una sociedad más justa y humana.

Nosotros que, como hemos repetido una y mil veces, somos enemigos irreconciliables de la guerra; estamos tomando parte activa en una, cuyas consecuencias las está pagando el pueblo en general. ¿Por qué, siendo antimilitaristas y enemigos de toda la vida, hacemos la guerra? Razones nos sobran para contestar a esta pregunta.

Primero, porque nosotros, que fuimos en tiempos normales —en la mayoría de las veces—atropellados y escarnecidos, por defender en nuestras propagandas y nuestra forma de conducirnos, causas de verdadero sentido humano. Nosotros, que, a pesar de la provocación de que constantemente se nos hacía objeto, unas veces clausurando nuestros locales y otras encarcelados los mejores militantes, haciendo nosotros caso omiso de ello, para demostrar ante el mundo entero que no éramos responsables de desencadenar una catástrofe, como la que estamos presenciando. Ante el golpe tan criminal y canallesco, como podemos denominar a la sublevación llevada a cabo por los fascistas, en colaboración con los militares, ¿cuál era el deber de todo revolucionario que sintiese en su pecho ansias de liberación? Su deber era el que en los primeros momentos demostró, y fué el de oponerse con todo el ardor de su pecho y con las armas en la mano a lo que unos cuantos invertidos y sin conciencia nos querían someter, ya no con razones, sino con la fuerza de las armas.

Queda bien aclarado con esto, que aun siendo enemigos de la guerra, la tenemos que aceptar como medio de defensa propia, por instinto de conservación, por dignidad de hombres y por no vernos sometidos por el látigo del fascismo asesino, que lanza sus tentáculos por todo el mundo, queriéndolo hacer extensivo a nuestro país.

En segundo lugar, luchamos por reconquistar el suelo que nos han arrebatado y defender el que nos queda; por esto nos hemos de convertir en los más fervientes defensores de nuestro suelo, amenazado por unos entes sin conciencia, que haciendo alarde del más moderno material de guerra y ayudados por otros, no menos asesinos y pederastas que ellos, como son alemanes e italianos, quieren convertir a España en un campo de concentración y poder desarrollar sus costumbres depravadas.

El Ejército que nosotros deseamos formar, es el reverso del que nos hizo traición, que no tiene otra comparación que el brazo criminal del verdugo, para cortar las ansias de reivindicación que sentimos. El nuestro, compuesto por hijos del pueblo, de los que nadie se puede atrever a dudar, porque sus Jefes son hombres, en su inmensa mayoría, salidos de las Organizaciones y que en distintas ocasiones se jugaron la vida y la libertad, sintiendo de cerca las caricias del régimen caduco. Los mandos, son hombres forjados en el constante batallar y en el interminable deambular por cárceles y presidios, y no pueden convertirse en unos tiranos de los que con tanto cariño siempre defendieron.

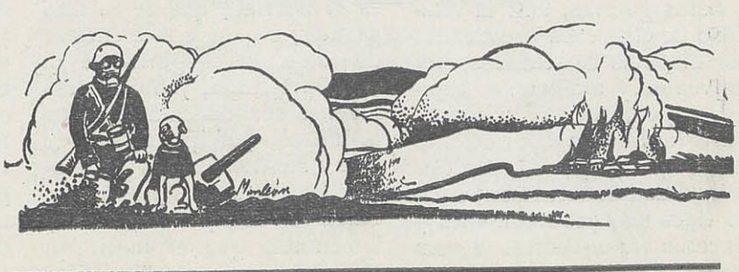
El soldado, que también está convencido de la disciplina, pero no de una disciplina cuartelera, sino de respeto y acatamiento, sería el primero en oponerse a que nuestro Ejército se convirtiese en opresor del pueblo.

Así, pues, compañeros, no hay que dudar sobre este respeto. Nuestro Ejército tiene que ser fuerte y disciplinado para la defensa del pueblo en general y para exterminar de una vez para siempre de nuestro suelo al fascismo invasor, y nunca para hacer de él un instrumento de conquista.

Será para lo que está creado, para defender la paz y contribuir a la implantación de una sociedad más justa y humana, donde no exista ni lo tuyo ni lo mío. Por esto tomamos parte en la guerra y propagamos la creación de un Ejército fuerte y disciplinado.

Mariano de Torres,

Comisario de Guerra del 4.º Batallón de la 70 Brigada Mixta.



Biblioteca Nacional de España

VALORES POSITIVOS

Los forjadores del triunfo

El comandante principal de Artillería, compañero Esteller, actor esencial, en la brillantísima jornada del Pingarrón, y artífice ejemplar de las victorias de Trijueque y Brihuega. Son alta capacidad y sus dotes de mando le distinguen, como uno de los valores más positivos de nuestro ejército.

Para vencer hay que atacar

No es cosa nueva de hoy, no se hace ningún descubrimiento diciendo que la guerra se gana atacando, peleando activamente, y no pasando meses y meses en las trincheras, dando lugar a que el enemigo se parapete bien y coloque sus máquinas en las mejores posiciones, sin hacer otra cosa los soldados del pueblo que vigilar noche y día, tomar el sol y leer la prensa. Esto es cosa sabida por el más vulgar compañero, y si recurrimos a este epígrafe para decir lo que es tan necesario, como trillado en la retaguardia por quien no quiere lo que dice y hace lo contrario de lo que sabe, es porque en sí él expresa más concretamente nuestros deseos, que son los de todos los combatientes.

¿Qué hacemos ahora? ¿Por qué no atacar? ¿No peligra Euzkadi? ¿Por qué en todos los frentes (en los más fáciles) no se pega en la cara al enemigo? Desde Motril a Aragón, pasando por Extremadura, tenemos que en muchos frentes el enemigo no tiene más que aquellos puestos imprescindibles de vigilancia. Estos se conocen y sabemos también, con seguridad, que muchos de los soldados que en estos sitios hay, vendrán a nuestro lado tan pronto nos vean avanzar, y ¿por qué no atacarles? Un pueblo cogido al enemigo, una posición tomada, es un eslabón roto a la cadena que pesa sobre los miles de hermanos en poder del fascismo y un suspiro de alegría para los soldados de la libertad.

Llevamos varios meses de guerra, muchas ocasiones hubo de terminar con el enemigo en importante capitales, en su poder, y al no hacerlo hoy tenemos que está tan distante nuestra triunfal entrada en las mismas, como el primer día; por ello es imprescindible el atacar en firme y decididamente, lo antes posible, todas aquellas capitales que, como Teruel, Huesca, Granada, Córdoba y Toledo están dando ruido desde el primer día, y pasar con todo el terreno de España, por correspondernos, a nuestras manos.

Algo vehemente parecerá esta opinión, pero es cosa que debe confirmarse. Ello es el ansia de todos los luchadores, y se espera que el Alto Mando del Ejército Popular tome esto con cariño, y organizando una ofensiva general (de la cual tanto se habla) vayamos a la liberación de los que allende las trincheras nos esperan y desean unirse a nosotros, y dar muerte de una vez a la guerra y poder vivir felizmente

La guerra es lucha de dos bandos, y ella la gana (exigimos sea así la nuestra) el que pelea con más ahinco y preparativos; el que tiene soldados de cuerpo de hierro, como el nuestro, y el que tiene también la doble ventaja de contar en el otro lado con miles de puntales. Es la guerra ataque y debemos, aprovechando todos los factores de nuestro favor, atacar. Exigimos el ataque pronto y bien organizado y con ello, rompiendo todos los cercos y antes de que se pueda complicar la guerra, por intromisiones internacionales, poner fin a ésta.

Todos los Batallones, las Brigadas, y, en general, todo el Ejército Revolucionario, debemos animar al Mando Superior para que nos mande atacar, pues **atacar es vencer.**

Frente Pingarrón, 2 de junio de 1937.

M. Mora.

Diversas categorías de ARTILLERIA

por el GENERAL CARDENAL

(Continuación.)

gar la acción de los ingenios blindados y automóviles existentes en la actualidad, es decir, los cañones de 37 m/m. y las ametralladoras montadas en los carros de combate. Se tendrían, entonces, unos carros de COMBATE LIGEROS DE ARTILLERÍA, dispuestos unos para el tiro rasante y otros para el tiro curvo, armados con piezas cuyo calibre pudiera ser de 7 cm. los primeros y de 8,5 cm. los segundos; tal vez algunos de estos carros pudieran ser armados con artillería de trinchera de mediana potencia (150 m/m.).

Artillería pesada corta y artillería pesada larga.

A igualdad de calibre un obús se desgasta menos que un cañón; su alcance máximo es menor, pero a igualdad de alcance es más preciso. Por estos motivos debe emplearse con preferencia el cañón no sólo para la destrucción, sino también para la contrabatería.

En cuanto aumenta la distancia el cañón recobra su supremacía, es el útil para la acción lejana: contrabatería, hostigamiento, prohibición, destrucciones, etc., siendo función del cometido y de la distancia el calibre que precisa emplearse en cada caso. Por ejemplo: tratándose de prohibición o de hostigamiento, misiones que no requieren potencia, es lógico emplear el menor calibre que proporcione el alcance necesario.

Artillería pesada de gran potencia.

De la artillería pesada corta o larga a la artillería pesada de gran potencia, la transición es insensible. La última prolonga los efectos de la primera, tanto en lo relativo a potencia destructora como a alcance. Responde a necesidades especiales; tiros a muy grandes distancias (superiores a 20 ó 25 kilómetros), o destrucciones de mucha consideración, a distancias medias (de 10 a 15 Kms.), o a distancias aún mayores.

Militarmente hablando, no puede fijarse límite superior ni al alcance ni a los efectos que se le piden; será de desear un alcance cada vez mayor y una potencia de destrucción creciente su cesar.

Tal artillería es por fuerza muy onerosa, no sólo de fabricación, sino también de entretenimiento; por tanto, no puede existir de ella más que un corto número de piezas.

Artillería de trinchera.

Esta artillería, que nació con las necesidades de la guerra de trincheras, se desarrolló poco a poco durante la campaña (Gran Guerra), sin adquirir una forma definitiva satisfactoria.

Al principio se trató de crear una artillería rústica poco costosa, que permitiera sustituir de momento a la artillería pesada y también la utilización de ciertos explosivos, que proporcionarse a muy corta distancia, es decir, en las proximidades a la primera línea, trayectoria con ángulos de caída muy grande y sin una dispersión peligrosa para las tropas propias..., etc.

Luego, en las grandes ofensivas, se le encomendó la destrucción de las primeras organizaciones enemigas. Más tarde, cuando se volvió a la guerra de movimiento, se hicieron algunas tentativas para emplearla en el acompañamiento inmediato, pero los resultados obtenidos, aunque muy interesantes, no parecieron concluyentes.

Esta artillería, hoy por hoy, parece susceptible de desempeñar papeles principales:

A) **En período de estabilización.**—Satisfacer las necesidades corrientes de la vida de sector, con un material tal como el 150 T (hostigamiento, represalias, preparación y apoyo de golpes de mano), y además participar en las preparaciones de ataque con el material de 150 T, reforzado por otro más potente, tal como el 240 T.

B) **En guerra de movimiento.**—Cooperar, con el material montado en carros blindados, al acompañamiento inmediato de la infantería...

(Continuará.)

Biblioteca Nacional de España

Consejos a los combatientes

(De notas y experiencias de la Gran Guerra, en el combate)

Salid a todo correr, y mantener a fuerte tren la carrera durante el avance. Dispersaos. Abrid la línea. Apenas llegados, arreglad el abrigo y preparad otro para que se incorpore otro compañero.

Infiltración.—Algunas veces se puede conseguir una nueva y mejor posición sin necesidad de descubrirse. Si existe un camino cubierto que permita reorganizarse en una línea más avanzada, los tiradores se deslizan por él hasta la nueva línea.

Si el camino no es continuo se le completa abriendo pasos en los puntos descubiertos.

Evitad con el mayor cuidado el llegar a un abrigo marchando los unos cerca de los otros, aunque sea corriendo o arrastrándose, cuando se puede ser visto por el enemigo. El primero suele pasar, pero el segundo queda en el camino.

Empleo del saco terrero en el avance.—En algunas ocasiones un espacio de terreno descubierto muy grande nos separa del enemigo. Es difícil entonces apostarse a pequeña distancia del adversario para preparar el asalto; todo el que se quede inmóvil en terreno descubierto, será puesto inmediatamente fuera de combate. Conviene en todos casos, antes de salir del abrigo, llenar un saco terrero, poniendo algunas piedras entre la tierra para detener mejor las balas. El saco terrero, llevado sobre el brazo izquierdo durante la carrera, ofrecerá al detenerse el tirador un primer abrigo, que será fácil de completar.

Combate con granadas de mano.

La granada de mano es, con el fusil y la baqueta, las armas que componen los elementos de destrucción con que cuenta el soldado de Infantería.

En el combate hay que tener siempre granadas de esta clase, y por lo tanto todos tienen que conocer bien su manejo.

Empleo de la granada.—Se utiliza la granada de mano en la defensa para constituir delante de la trinchera una barrera que el adversario no pueda traspasar.

En el ataque, la granada sirve para arrojar o destruir al enemigo de un abrigo, de una trinchera, de un nido de ametralladoras, de una casa, de una cueva, etc.

Preparación de un asalto con granadas.—Un grupo intrépido consigue apostarse cerca de la trinchera enemiga; la preparación por la artillería no puede hacerse, y el asalto en estas condiciones es peligroso. Entonces se procura destruir al enemigo por medio de granadas y arrojarse sobre él en seguida a la bayoneta.

Algunos tiradores, provistos de granadas, procuran acercarse al enemigo utilizando todos los accidentes y abrigos naturales, los embudos de granadas, trincheras abandonadas, etcétera. Si de día es imposible acercarse, se espera la noche para deslizarse hasta un abrigo inmediato al adversario. Entretanto, el resto del grupo espera abrigado el momeno de proceder al asalto.

Los granaderos acometen al enemigo con una granizada continua de proyectiles arrojadizos, bien dirigidos, y le obligan a abandonar el puesto o a refugiarse en los abrigos. Ha llegado el momento del asalto. El grupo arma la bayoneta; a una señal todos se ponen de pie al mismo tiempo y se lanzan hacia delante, caen sobre el adversario sorprendido, le bayonetean y le fusilan en sus agujeros antes de que tenga tiempo para defenderse.

Combate con granadas en un camino cubierto o en una trinchera.—En el combate, a veces tiene que marcharse por caminos cubiertos o trincheras.

En este caso, se ha de hacer retirar al enemigo, mediante un combate con granadas, para arrebatarle cuantas barricadas establezca.

Los tiradores se dividen en tres grupos: un grupo de cabeza, una cadena de abastecimiento, y otro grupo que lleva sacos terreros.

El grupo de cabeza se compone de un hombre armado de fusil o pistola, cuya única preocupación es impedir el paso al enemigo y proteger a los granaderos.

Dos granaderos, que arrojan granadas entre la barricada y el camino cubierto, más atrás, para impedir el abastecimiento. Para deshacer una barricada de sacos terreros, utilizar los lanzabombas con carga especial. La cadena de abastecimiento consta de algunos hombres colocados a varios pasos de distancia para que no se molesten mutuamente. Llevan las granadas en sus correajes o sacos.

El tercer grupo lleva los sacos terreros para establecer rápidamente una barricada, disparar sus fusiles una vez apostados para impedir el abastecimiento del enemigo y batir sus caminos de repliegue.

Se ha de guardar el mayor silencio y se está atento al menor ruido que provenga del enemigo. Cuando el grupo de cabeza juzgue que el enemigo está batido, un hombre se deslizará arrastrándose, echa una ojeada a su alrededor y hace la señal a sus compañeros. Así se avanza de través en través y de abrigo en abrigo.

Es bastante fácil librarse de las granadas del enemigo; se las ve venir, no estallan inmediatamente y hay tiempo para echarse en un rincón; por lo demás, muchas granadas caen fuera de la trinchera.

Hay que evitar la formación de grupos numerosos. Cuando llega una granada se aprietan los hombres instintivamente unos contra otros, se impiden los movimienos individuales y la granada destroza a todos.

Si el enemigo ha obtenido de momento alguna ventaja se multiplican las barricadas de sacos terreros y se obstruye la trinchera no con sacos, sino haciendo que se desmoronen las paredes. Así se retarda la marcha del enemigo, porque ha de detenerse en limpiar el paso, lo que facilita el contraataque; en el caso más desfavorable, se obliga al enemigo a descubrirse y ponerse a tiro de nuestros fusiles. También da buen resultado fingir quejidos de heridos para atraer al enemigo a una emboscada.

Precauciones a tomar en la lucha dentro de una trinchera.—Desconfiar de las trincheras que tienen largas alineaciones rectas, suelen ser lazos que se tienden al asaltante para que se precipite en ellas, cayéndose al abrigo, y allí es destruído por artificios de guerra preparados para ello. O bien reciben inmediatamente el fuego de enfilada de algún arma automática colocada exprofeso para batir la trinchera.

También es necesario reconocer con precaución todos los accesos laterales y traveses de una trinchera principal, pues mu-

Biblioteca Nacional de España

chas veces se sigue por ella y entonces el enemigo, escondido en un camino cubierto lateral o en un través cubierto con lona o camuflado, le deja pasar, para acuchillarle por la espalda.

El procedimiento a seguir es lanzar algunas granadas en el camino lateral, reconocerlo después y dejar una pequeña vigilancia, abrigada en una barricada, y entonces puede seguirse con seguridad la marcha.

El asalto, la refriega y la persecución.

Una vez establecida la línea de ataque a un centenar de metros del enemigo, se emprende el asalto.

Asalto.—La infantería avanza formando líneas de guerrillas sucesivas. Cada línea sale de la trinchera, y una vez todas en disposición conveniente se lanzan a la carrera hasta el lugar previsto para término de cada salto. A pesar de la carrera, de las balas, de las granadas y de los que caen, es necesario seguir. Ni adelantarse, ni quedarse rezagados; todos formando una muralla, unidos por el deseo de llegar cuanto antes al choque con el enemigo. Debe llegarse hasta las alambradas sin disparar, para no detenerse y retrasar el avance.

Se franquea la primera alambrada por las brechas que existieran en ella, debido a la preparación artillera o al fuego de nuestros morteros. Cuando se llega a 50 ó 60 metros de la trinchera se lanzan sobre el enemigo con toda energía y decisión.

Cada hombre corre derechamente sobre el punto de la trinchera que tiene a su frente, vigila las aspilleras y el parapeto; si aparece una cabeza o un fusil, se dispara un tiro para obligar a ocultarse, y luego se salta al parapeto. A tiros y a bayonetazos se limpia cuanto huya por delante; no dejar a nadie detrás, pues podría fusilaros por la espalda. Asegurarse bien que los enemigos tendidos en la trinchera están bien muertos. Si se rinden todos a la vez, no los rematéis, pero desarmarlos escrupulosa y rápidamente. Los hombres designados de antemano y los encargados de limpiar las trincheras son los únicos que deben ocuparse de los prisioneros, porque los cobardes suelen dar pruebas de muy buena voluntad para llevar a retaguardia a los prisioneros que otros compañeros han capturado.

Si queda alguna ametralladora e intenta abrir fuego cubridla con una granizada de balas.

La refriega en la posición enemiga y la persecución.—Una vez limpia la trinchera de defensores, operación que hay que realizar en pocos segundos, la trinchera ha de ser rebasada sin detenerse en ella hasta no llegar a 10 ó 20 metros delante, desde donde se echarán a tierra para hacer fuego sobre la inmediata posición. Reorganizada la línea, se reanuda el asalto.

No entrar en los caminos cubiertos en esta fase del asalto. Es una tentación fácil, pero puede costar muy cara, porque unos cuantos hombres bastan para detener horas enteras a una compañía. Varios compañeros que se designan para ello, recorren estos caminos siguiendo itinerarios fijos, y de esta forma impiden al enemigo tomar la enfilada al terreno que queda entre las dos trincheras.

La violencia del ataque engendra una gran confusión, que desconcierta al enemigo y le hace que ignore lo que ha perdido y lo que queda en su poder. Es menester aprovechar esta confusión para adelantar todo lo posible; si se pierde tiempo no tardará en surgir otra vez la barrera de fuego.

No avanzar nunca en desorden o aisladamente como locos; esto equivaldría a ponerse a merced del fuego enemigo o del más insignificante contraataque.

Por consiguiente: agruparse alrededor de los oficiales y clases de la unidad. Reorganizad la línea de ataque durante el avance. Marchad rápidamente, siguiendo de cerca al adversario en buen orden, la vista vigilante y el fusil preparado.

Las patrullas designadas avanzan con rapidez; cubren la reunión y la marcha de las líneas de guerrillas; tantean, sin mostrarse, los puntos importantes cuya ocupación impediría la llegada de refuerzos y cortaría la retirada a ciertos grupos de defensores, para apoderarse de tales puntos si es posible.

Conviene que cada hombre conozca la distribución de la trinchera enemiga, al objeto de poder arrojarse sin vacilación alguna sobre tal abrigo, tal ametralladora o cual través.

Cada hombre debe saber antes del combate los lugares donde se encontrará con certeza a alguien encargado de hacer cesar el tiro de artillería cuando caiga cerca u ordenar su apertura si la ocasión lo aconseja.

Desfallecimientos contra los que hay que prevenirse.—Durante la refriega y la persecución se produce cierta confusión entre las fuerzas que atacan. Bastan algunos malos soldados para que el desorden se propague. Los miedosos siembran la alarma con frases de «estamos copados», «han matado a todos los oficiales», «ya vuelven» y otras por el estilo. Hay que obrar enérgicamente contra ellos, obligándoles a seguir el avance para evitar que el pánico se apodere de más.

Los cobardes aprovechan la confusión y la pérdida de los jefes para ocultarse o marcharse a retaguardia. Todos serán recogidos por patrullas que se dedicarán a esta función de policía.

Las estratagemas del enemigo y el fuego de flanco.—Los grupos de tiradores dispersos tienen tendencia a replegarse precipitadamente ante el menor contraataque o cuando reciben un fuego de flanco, porque los jefes han caído, son pocos y temen ser envueltos. Basta que un hombre vuelva la espalda para que los demás sientan el deseo de imitarle.

El terreno ganado ha de conservarse a toda costa; no se retrocede nunca. Si no hay oficiales ni clases, siempre existe un compañero intrépido que detenga a los que tiemblan y enérgicamente les conmine a permanecer firmes en su puesto.

Los grupos de tiradores aislados, se atrincherarán en un rincón o extremo de la zanja, y aunque el enemigo les rodee, se defenderán hasta agotar completamente las municiones y después de haber utilizado los fusiles y los cartuchos cogidos al enemigo.

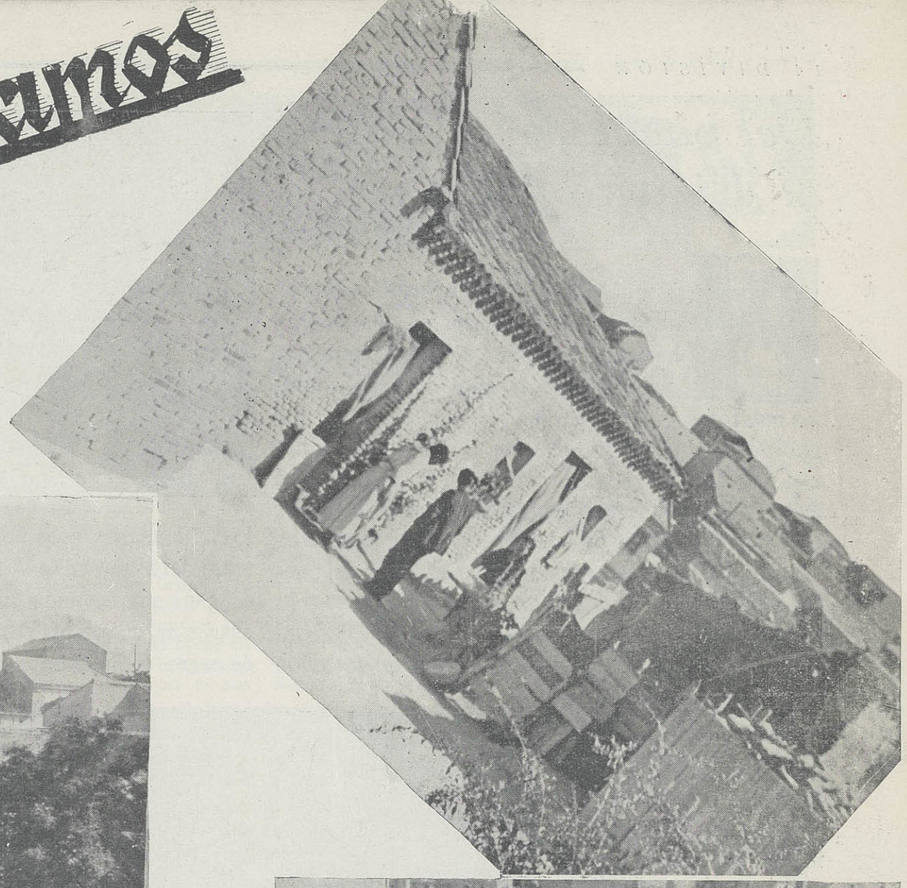
Cuatro hombres abrigados que desprecien al enemigo y sólo hagan fuego cuando el impacto sea seguro, son absolutamente invencibles.

12173

Por la transcripción. Un

Biblioteca Nacional de España

Por lo que luchamos



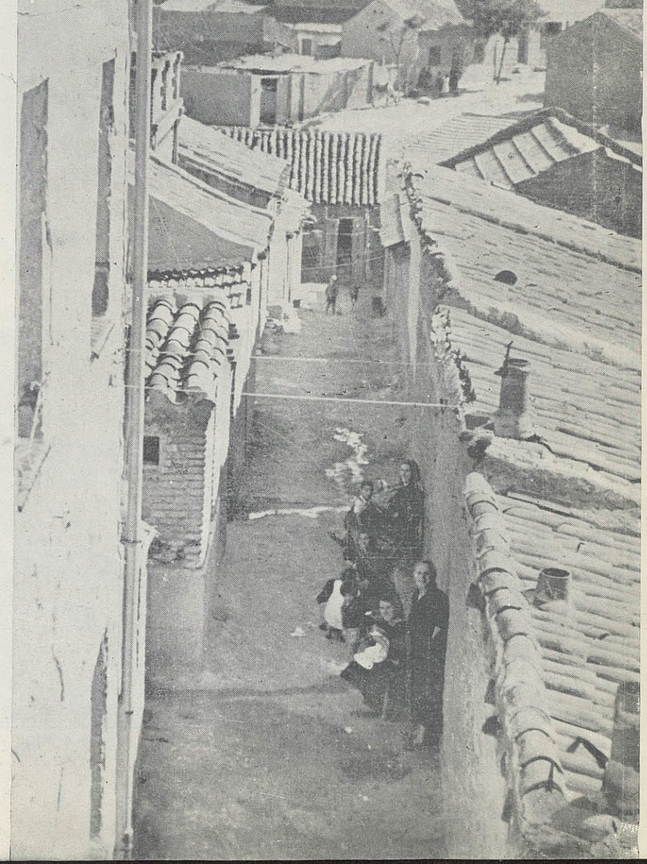
Para terminar esas escenas de vida infrahumana que no volverán a repetirse porque para ello está doblando el pueblo español el cabo de todos los sacrificios, de todos los heroísmos.

Para desterrar para siempre de la tierra española esa sinfonía triste de mugre y dolor, de niños descalzos y madres depauperadas por el hambre y la esclavitud.

Para que esas chozas inmundas se conviertan en casas blancas de cal por fuera y blancas del optimismo por dentro; para asegurar vida limpia y sana, bajo el sol de la paz y de la libertad, mueren hoy los hijos del pueblo en los campos de la España heróica.

Nadie les arrebatará la victoria en la guerra, y nadie será capaz de impedirles en la paz del futuro, desterrar de la vida de sus hermanos débiles, ese dolor hondo de tragedia pobre y sucia.

Ese dolor, que ha masacrado todos los sentimientos de humanidad, haciendo posible, que en tanto la riqueza desbordada de los que nada supieron de deberes, imponía el imperio de su desigualdad, existieran ronchas sociales, costras infames en aquellos ayunos de derechos huérfanos de toda solidaridad, que en vano clamaban por un espíritu de una más alta justicia.



Los pueblecitos, que sufren los rigores de la guerra, testigos muchos de una transformación anhelada, veían en el final de su victoria, satisfechos todos sus anhelos, cumplidas todas sus esperanzas. Y de su silencioso sacrificio de hoy, saldrá el sol de su liberación, que iluminará sus pasos inciertos, hasta convertirlos en urbes industriosas y fabriles.

Biblioteca Nacional de España

Del pueblo en armas al Ejército popular

e aquí una muestra de lo que es actualmente el ejército popular que camina hacia el triunfo en la lucha gigantesca que el pueblo español sostiene contra los invasores, contra los que se levantaron con orgullo y prepotencia frente a los destinos inexorables que marchan hacia la paz y hacia la libertad. En ese ejército regular, se han convertido aquellos grupos heróicos de los días de julio. Ese ejército popular es el que ahora condensa las ansias del triunfo del pueblo español y en el que se reunen el heroísmo y la voluntad de este pueblo que sabe de ironía y de risa, que sobre las dificultades, que por encima de todos los inconvenientes, sabe sacar limpia su alma noble y sencilla como el rasgueo de una guitarra, como el revolar ligero de las faldas amplias que bailan las seguidillas.

Esos hombres saben marchar con el ritmo seguro de los triunfadores. Sienten en las raices de su espíritu que en esos uniformes iguales que llevan está el símbolo de la victoria, que se hace con esa misma tela de igualdad y de abnegación.

Es la infantería gloriosa del ejército popular; son los dinamiteros, esos hombres que viven la hora intensa del asalto en toda su intensidad trágica y heróica, esos que llevando en la mano la flor de las trincheras se enfrentan con los monstruos trepidantes de acero y disparos, y con el obsequio de su vida y de su sangre llegan a domarlos y a someterlos a su voluntad inexorable de triunfo.

Y es el estandarte, son las banderas. Esas banderas que tan solo hoy hacen palpitar emocionado el corazón del pueblo español, que tan solo hoy, le hablan la canción de sus vuelos y le hacen anhelar su caricia hecha de viento y de seda.

Desfila el ejército del pueblo. Y de todos los corazones, salta la misma embriagada exclamación de victoria. Porque la confianza que prestan, los que hoy por hoy, son los únicos depositarios de la seguridad de nuestra independencia, es absoluta; es nunciò de una mejor vida, es garantía de que el programa máximo de las aspiraciones populares, tendrá en plazo breve, la más bella concresión.

Desfila el ejército del pueblo. Y tras él, marcha toda la ilusión esperanzada de una generación que soñó siempre con ver realizado el cambio trascedental que supone el hecho de ver convertido un ejército imperialista y abyecto, en una florida formación de hombres, arrancados de la cantera viva del pueblo por propio impulso, para defender los derechos de todos.

Biblioteca Nacional de España

Oprobio y Vergüenza

El criminal bombardeo de Almería por la flota de guerra alemana ha puesto de manifiesto claramente hasta qué punto se muestran propicios a aceptar como buenas todas las audacias y todos los crímenes del fascismo internacional los países pseudodemocráticos.

Ese acto vandálico era suficiente para que de una vez saltasen los muelles que durante casi once meses han sujetado la actuación de los países cuyos pueblos no están aherrojados por la tiranía de dictaduras unipersonales, para que los Gobiernos de esos países que se dicen libres atendiesen los deseos ardientes de sus ciudadanos y ayudasen a dar efectividad a las aspiraciones de sus masas proletarias. Estas vienen clamando una y otra vez contra la solapada ayuda que se presta a los rebeldes españoles, y contra la indiferencia y la lenidad que se observa frente a las actitudes y las actuaciones de los provocadores de la guerra mundial. Y, sin embargo, el bombardeo de Almería en los círculos internacionales no ha provocado más reacción práctica que la que produciría una gota de lluvia cayendo en el mar agitado por una furiosa galerna. En los círculos internacionales se ha acogido el bombardeo de Almería con una mueca de disgusto y con un encogimiento de hombros.

Con una mueca de disgusto, porque los señores que viven a expensas de los trabajadores de sus países respectivos y que no tienen más misión que la de pasearse entre las fronteras y concurrir a fiestas elegantes, preveían que quizás esa «complicación» pudiera originar que se turbase alguna de sus plácidas digestiones.

Con un encogimiento de hombros, porque ellos jamás pensaron en oponerse firmemente a las atrocidades que se cometieran por las potencias fascistas, y porque siempre consideraron como croar de ranas a las reclamaciones encendidas de indignación de los representantes del pueblo español en Ginebra. A ellos, ¿qué les puede importar que se bombardee una ciudad abierta al Mediterráneo por los buques alemanes, si ellos pueden continuar su vida plácida a orillas de los lagos suizos, o en los salones elegantes de los grandes hoteles mundanos? Mientras haya damas elegantes que les brinden la gracia de sus sonrisas, ¿qué les importa que mujeres del pueblo desgarren su bocas en alaridos de pánico? Mientras las volutas azulencas de sus cigarrillos asciendan serenas en el aire tranquilo de sus clubs londinenses, ¿a qué atarearse para impedir que los niños fijen en sus retinas visiones terroríficas de destrucción y de muerte?

La Sociedad de Naciones hace muchos años que agonizaba. Pero los obuses que caen sobre las poblaciones abiertas de España han terminado con su lánguida vida. Perdurará el fantasma espectral de su charlatanería, pero ya los pueblos del mundo entero saben que en sus salones se tolera el asesinato y se miran con buenos ojos los más horrendos crímenes.

Observando las normas de "CONTROL"

El cinismo de los provocadores fascistas internacionales no tiene palabras que puedan describirlo exactamente.

Apenas consumado el criminal atentado de Almería, cuando todavía en las tranquilas aguas internacionales perdura la ligera agitación que ese acto vandálico ha suscitado; cuando se ha demostrado además plenamente que el «Deutschland», al estar fondeado en Ibiza, infringía las normas del control, nos llega la noticia de que el mismo «Deutschland», juntamente con otros cuatro destructores y cuatro submarinos también alemanes, está fondeado en Cádiz.

Burla más abierta y más descarada a los países que aún pretenden inyectar nueva vida al famoso Comité de Londres, al tristemente famoso para el pueblo español Comité de Londres, es difícil de encontrar.

Esa permanencia de buques alemanes de guerra en aguas de los rebeldes españoles es la prueba más evidente que puede encontrarse de la intervención descaradísima de las potencias fascistas en España y de las intenciones de esas potencias de cooperar más activamente de lo que hasta ahora lo han hecho con los rebeldes españoles. Ello demuestra que, lejos de sentirse dispuestas a iniciar virajes en los que tantas ilusiones habían puesto determinados sectores políticos españoles, ingenuamente cándidos, están más dispuestos que nunca a que el pueblo español sufra hasta el fin en la carne de su carne y en la sangre de su sangre la más activa de las intervenciones en nuestra guerra civil.

Creemos que después de esto, todos los comentarios que pudieran añadirse a las razones que ya múltiples veces hemos expuesto en torno a estos problemas están de más.

Entre tanto Litvinof se vuelve a Rusia. Es la mejor manera que tiene a su alcance de continuar ayudando intensamente a la España leal y popular.

De Ginebra a Londres

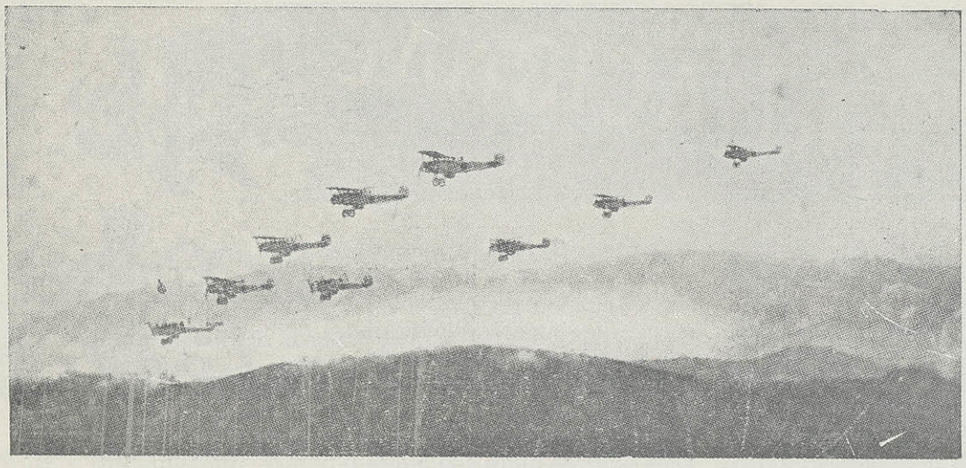
El problema de España sigue tan grave como después de aquellas horas gravísimas que sucedieron al criminal bombardeo de Almería. Y sigue tan grave, porque después de cuatro horas de estar reunidos los representantes de las cuatro potencias para fijar las normas que garanticen el control a las escuadras encargadas de él, los delegados fascistas, enseñando el doble juego, aunque muy toscamente, han suspendido la reunión para pedir órdenes, en vista de la fiebre manifestada por las dos potencias democráticas, y ganar tiempo, pretextando que el bombardeo del Deutschland" hay que tratarlo con pies de plomo, para que no vuelvan a sufrir los piratas ítalo-germanos las iras de las bombas de nuestra gloriosa aviación... ¡Qué cínicos!

El juego no puede ser más sarcástico, pues al mismo tiempo que de este modo muestran toda la burda tramoya que les lleva al Comité de Londres y a esta reunión "potencial", el teléfono nos dice que los mismos marinos del "Deutschland" han declarado que ellos fueron los que lanzaron primero sus cañonazos sobre nuestros aviones... Y esto es lo intolerable, lo indignante: que adopten el papel de víctimas los que han suspendido esa reunión, para, prevalidos de la posición falsa de las potencias no fascistas, arrancarles el derecho, pretextando las garantías que necesitan las potencias que ejerzan el control, y agredirnos de nuevo y así poder contestar impunemente con un nuevo crimen de Almería cuando nosotros repliquemos a sus provocaciones infames.

Los que ejercen el matonismo más cobarde, en vista del legalismo y la medrosidad de las potencias no fascistas de allende los Pirineos y el Canal de la Mancha, quieren explotar este legalismo para seguir pirateando y asesinando impunemente, y con los papeles en regla, dando un valor de Derecho a su patente de corsarios.

Ginebra no sirvió para nada, sino para que los fascistas ítalo-germanos se rieran de los torneos oratorios celebrados en esos juegos florales

Biblioteca Nacional de España



LA EXPLORACION AEREA

Por Mayor Verardini

De día en día se concede mayor importancia al Servicio de Información para el buen desarrollo de sus funciones, que debe efectuar cualquier gran unidad, y un arma poderosa para este servicio es el empleo de la aviación de reconocimiento. Se puede emplear en este cometido tanto la aviación de caza como la propiamente especializada en reconocimiento y observación.

Dentro de la exploración habrá que distinguir dos tipos distintos y perfectamente definidos y delimitados: La exploración táctica y la estratégica.

Corresponde a la primera efectuar reconocimientos en la zona de vanguardia enemiga, es decir, en caso normal, con unos treinta a cuarenta kilómetros de profundidad a partir de la primera línea enemiga. La misión principal es obtener un conocimiento lo más perfecto y detallado posible de la situación de la primera línea y sucesivas que ocupa el enemigo, su dispositivo de conjunto, instalación defensiva y emplazamiento de baterías y observatorios.

A la exploración estratégica incumbe reconocer la zona del interior y de retaguardia del enemigo. A primera vista parecerá poco concreta y definida esta observación, pero hemos de ver a continuación cómo se perfila y especifica la misión a realizar en cada caso.

Exploración táctica. — Su técnica varía según el tipo de guerra que se esté desarrollando y aun de la situación especial del frente en que actúa.

En guerra de movimiento deberá fijar con precisión y exactitud la situación de la primera línea enemiga, situación de sus reservas, vías principales que utiliza para sus comunicaciones, movimientos de la caballería y los carros de combate.

Deberá poner especial atención en tratar de obtener el conocimiento de los sitios en que enlaza cada unidad con la colateral en el caso que estén encuadradas, y si fueran flancos extremos la vigilancia estratégica que tienen establecida.

Si el frente se encuentra en período de estabilización, la observación habrá de dirigirse, encaminarse a obtener el mayor número posible de datos sobre la organización defensiva del contrario, localizando cuantas trincheras, nidos de armas automáticas y emplazamientos tenga instalados. Igualmente deberá tratar de conocer la situación de los centros de resistencia, comunicaciones, ejes de transmisiones y artillería que posea el contrario.

La exploración nocturna en este campo de actividad, que se hace por medio de bengalas y otros artificios de luz, deberá ser efectuada exclusivamente por personal que reúna, a más de todas sus buenas cualidades, un perfecto conocimiento del terreno en que ha de operar, y no se le debe señalar misiones que sean extensas ni se presten a dudas o errores, sino por el contrario deben estar perfectamente definidas y detalladas.

Exploración estratégica. — Su misión principal constituye la vigilancia de las vías de comunicación existentes en la retaguardia del campo enemigo.

Parece poco concreto este plan de observación e investigación, pero es preciso tener en cuenta que en un Ejército bien organizado deberá responder a un plan de necesidades ya previsto y estudiado por el Mando, en el que no se indicará la necesidad de observar, sino un limitado número de ejes de comunicación enemigos. Del conocimiento que de éste tenemos podremos en muchos casos calcular con suficiente exactitud la densidad probable de tráfico y sentido de marcha y de su observación deducir si ha sido acertada nuestra hipótesis sobre la idea de maniobra del contrario. Las variaciones observadas en el tráfico dentro de la zona de retaguardia acusan con gran exactitud cualquiera alteración en los propósitos del mando enemigo, y en general nos permitirá conocer con antelación suficiente cualquier maniobra ofensiva que pretenda realizar.

Las misiones complementarias más importantes son las siguientes:

Vigilar el despliegue del contrario, la situación de sus reservas, los parques y las vías de que dispone, el emplazamiento de su artillería de gran alcance, los aeródromos e importancia de cada uno de ellos y la vigilancia de los centros de producción de la zona del interior.

Para realizar cualquier exploración táctica o estratégica el Jefe de la aviación distribuirá las misiones encomendadas a este Arma por el Cuartel General entre los distintos Jefes de escuadrilla, a los que, dejándoles un pequeño margen de iniciativa personal, dará las directivas necesarias para que actúen acordes con la idea general de exploración.

Los Jefes de escuadrilla, a su vez, distribuirán las misiones parciales entre los distintos equipos y les darán instrucciones sobre los siguientes extremos:

a) Objeto y modalidad de la exploración a realizar.

b) Unidades con que se cuenta.

c) Unidades enemigas y noticias que de ellas se tenga.

d) Orden de urgencia de los objetivos a reconocer.

e) Orden de urgencia para la comunicación por radio.

f) Información sobre el Ejército de tierra, propio y jalonamiento.

Una vez que los equipos están en posesión de la orden se dedican a su preparación. En ella intervienen el piloto que dirige el aspecto técnico de la exploración a realizar, y el observador dispone lo necesario para realizarla con arreglo a la táctica. Para obtener éxito en cualquier servicio de exploración es requisito indispensable que exista una perfecta compenetración entre los encargados de estas misiones complementarias que, no obstante, son distintas y en algún caso opuestas.

Cuando se encuentren volando sobre el objetivo señalado o sobre el fenómeno que se les ha encomendado observar, deberán estudiarlo minuciosamente y con todo detalle, procediendo a tomar apuntes y diseños desde diferentes puntos de vista.

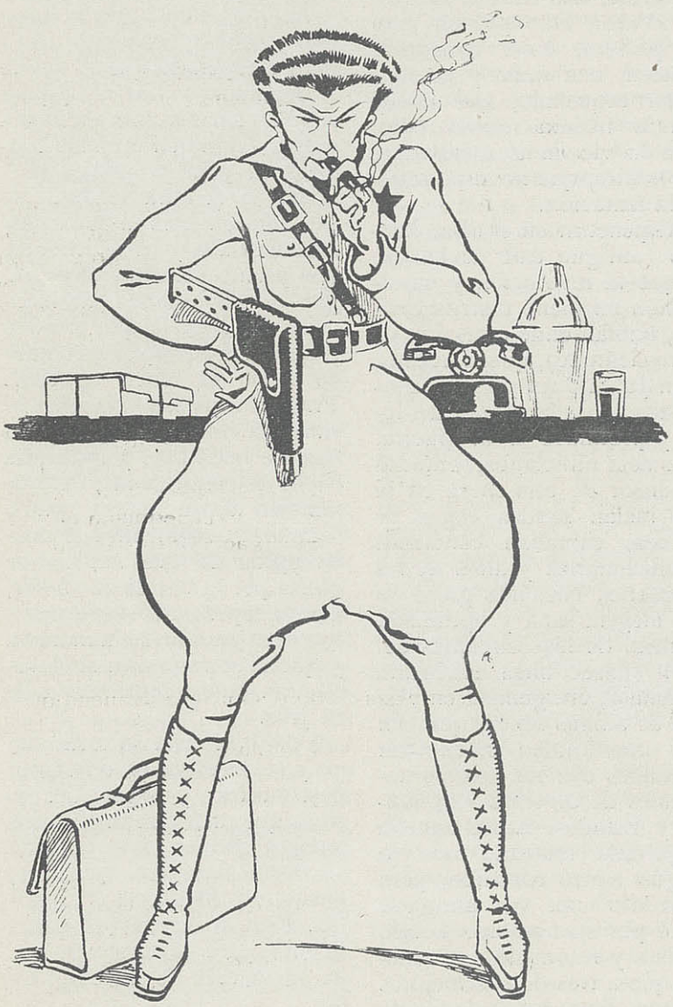
En gran número de casos tendrán vital interés el hacer llegar el parte de lo observado al Cuartel General, a quien directamente interesa. Por ello antes de elevarse del aeródromo deberá tener detallado conocimiento del eje de transmisiones de esa unidad para poder ponerse en contacto con su Estado Mayor con la mayor rapidez posible. En casos normales, los partes los enviará por medio de lastrados o al aterrizar en su aeródromo, exagerando en cuanto sea posible el empleo de fotografías y diseños, prefiriendo al de descripciones gráficas, y cuando aquéllo no sea posible éstas han de ser claras, concretas, escuetas y precisas, sin emplear términos ambiguos ni adjetivos que puedan dar ideas vagas sobre lo observado o prestarse a torcidas interpretaciones.

Biblioteca Nacional de España

SOLILOQUIOS

Vengo un tanto mosca por lo que me miraban aquellos insolentes. ¿Qué se creerán? ¿Que yo no soy un revolucionario cien por cien? Me han dado ganas de...

¡Bah...! ¡Menos mal que no se han atrevido a decirme nada!... La verdad es que si por



culpa de esos aguafiestas que vienen del frente se arma cualquier jaleo y empiezan a pedir documentos... ¡Claro que yo tengo mi carnet con fecha reciente!... Pero, vaya... ¡que a «frentepopulista» no me gana nadie!

Bien es verdad que hay algunas «consignitas» con las que no estoy del todo conforme. Esa de terminar pronto la guerra... me parece... me parece un poco... ¿cómo diría?... un poco... prematura... Yo creo que una guerra no se termina así como así. Además, la guerra sirve para que nos hayamos revelado una cantidad de valores que estábamos inéditos y han de darnos tiempo a poder desarrollar todo nuestro esfuerzo para que los demás recojan el fruto de nuestro sacrificio.

¡Caramba!... ¡Aquellos tíos!... ¿Sería por mi lo que dijeron: «Qué bonito»?... En fin... gente inculta...

Ahora el teléfono... ¡Diga!... ¡Ah!... ¿Qué quieres, esposísima?... ¿Cómo?... ¿Que hoy no te han dado pan?... ¿Pero qué se han creído esos?... ¿Pero es que suponen que yo voy a estar reventado para que luego tenga que comer pan de ayer?... ¡Bueno, bueno!... Ahora llamaré al camarada Furziánez para que me mande media docena de libretas de las del hospital y te las mandaré en mi coche... Bueno... ¡Adiós!... digo, ¡salud!

¡Qué barbaridad!... ¡Así no hay quién pueda hacer nada útil! ¡No hay pan!... ¡Que hay que mandarlo al frente!... ¡Como si nuestra *labor no fuera de capital, de capitalísima importancia!... ¡Cómo si no tuviera valor el sacrificio que hacemos!... ¡¡Item que comer pan del día anterior!! Para que luego vengan esos insensatos que les ha dado por irse al frente y crean que uno es... cualquier cosa. Para que no reconozcan el valor de* nuestra *actuación... ¡Terribilísimo!...*

Voy a tomar un poco de «Curaçao» con seltz, porque se «invita» uno.

¡Vaya!... ¡Ya está!... Pues nada, que no se me olvidan esos de antes. Parece que uno decía una cosa como que iban a hacer cuando esto *se acabara.*

Pues... ¡estaría bonito que la República democrática no reconociera «nuestro» sacrificio y abandonara luego a todo un responsable de la «Sección» de reparto proporcional de algarrobas en los ¡servicios agro-pecuarios del sector Abroñigal»!

¿Para eso estamos *haciendo la revolución? ¡No, señor!... mejor dicho... ¡no, camaradas!*

Nosotros *estamos laborando con todo* nuestro *esfuerzo para lograr ponernos a la altura de los grandes pueblos que han sabido sacudir la rémora capitalista que gravitaba sobre ellos, quedando todos los medios productivos en manos del proletariado... ¡Qué me hubiera gustado haberles podido decir este parrafazo a esos de antes!*

¿Qué hora es?... ¡Qué barbaridad!... ¡las doce!

Ahora a escape a «Molinero», a ver qué hay de ese jamón que encargué a Pendónez que me trajese de Valencia.

Esto no es vivir... Bueno, a la tarde, si me dejan, pensaré lo de los nuevos sellos de cotización...

... ...

¡Uf!... ¡A «Molinero»!

MADRID

I

Madrid del mil novecientos.
Castizo, alegre y chulón.
Tiene aire de señorío
en su bravo corazón.
Yo recuerdo aquel Madrid
que mi vida no vivió.
No había músicos negros,
ni se baila el fox-trot;
pero sí había organillos
para marcarse un chotís
con pañuelo de crespón.
¿Existía Juan José?
No digo ni sí ni no,
pero debió de existir
si el poeta le cantó.

II

Han pasado varios años.
Madrid se modernizó.
Hicieron cambiar su vida,
pero su carácter no.
Y esos flamencos antiguos,
los chulos de corazón,
esos buenos madrileños
y otros que casi lo son,
supieron hacerse fuertes
para evitar la invasión
de un ejército extranjero
mandado por un traidor.

III

Vuelven a pasar los meses,
y Madrid no se tomó.
Y en pago a su valentía,
y como premio a su valor,
le empiezan a llover bombas
lanzadas por manos de aviador,
que no conoció a su padre,
aunque en el mundo existió.
Matan niños y mujeres,
y destrozan con furor
obras de arte inigualado.
Pero Madrid se sostiene
intacto con su valor.
... ...
Después, obuses. ¡Qué importa!
Quieren matar por matar,
pero matar a traición,
que es como mejor les va.
Pero Madrid se sostiene
y sabe ser inmortal.

Fernando LOZANO
(Del servicio de Información de la 14 División.)

Biblioteca Nacional de España

UN RATO DE BUEN HUMOR

Día de permiso

(Impresiones ligeras arrancadas de un pedazo de realidad.) * * * *

Cuando Juanito Carrascal, flamante Oficial del Ejército del Pueblo, subió a su coche en aquella fresca mañana de mayo, respiró satisfecho. Iba a Madrid con veinticuatro horas de permiso arrancadas al Jefe de su unidad, que para esa cuestión de permisos era un «hueso». Desde luego, un poco corto le iba a venir el tiempo, pero él sabría aprovecharlo bien y no haría como otros compañeros suyos, provincianos sin malicia, que no conocían como él los lugares de esparcimiento y diversión.

Su paciencia sufrió una primera prueba al intentar poner el coche en marcha; cualquiera diría que el artefacto aquél era faccioso e intentaba con malas artes mermar su tiempo escaso de contacto con la civilización. Pero al fin y después de media hora de dirigirle insultos y denuestos, gracias a unos empellones aplicados a tiempo, la elegante «limousine» se decidió a arrancar.

Lo peor del caso era que el chófer le echaba la culpa a él del estado en que se encontraba el automóvil, y ante esta injusticia su pensamiento se rebelaba. En primer lugar, por el atrevimiento que representaba esa rotunda aseveración en boca de un inferior, y que decía muy poco en favor de la disciplina y subordinación de un Ejército que se preciara de regular. Pero ¿para qué entrar en discusiones? Por mucho que él se esforzara, no llegaría a hacer comprender al mecánico que si él conducía todos los días un ratito era para no ser menos que sus compañeros, y si bien era verdad que él había descargado la batería y había roto la mayor parte de los piñones del cambio, no se había despistado por ningún terraplén ni había chocado contra ningún árbol, como otros que el conocía. Así, después de recomendar al conductor que en vez de tirar por la directa, pasara por Villavieja de los Caparros, se arrellanó cómodamente en su asiento, y a los requerimientos de un compañero de viaje hubo de responder que el rodeo que iban a dar en su camino tenía como principal objeto el recoger en Villavieja unas docenitas de huevos, unas gallinas y un corderito lechal, que pasarían de matute a Madrid, porque su compañero debía saber que hoy día en la capital se conquistaban más fácilmente las mujeres, llevándoles de comer que con buenos billetes en la cartera, y si algún peligro había en ello era para los milicianos, pues a los Oficiales no solían registrarles el coche en el control de entrada. Algo le contestó su compañero (miliciano de los buenos), que él no acabó de comprender bien: juraría haber oído las palabras fraude e injusticia, pero no las tomaba en cuenta y para otra vez tendría buen cuidado de no meter en «su» coche testigos molestos, que así pagaban el favor de llevarlos donde no les correspondía.

Tras una pequeña parada en el pueblecito en cuestión y una vez recogidos y convenientemente instalados los artículos alimenticios, reemprendieron la marcha, y Juanito, tras varias discusiones con su acompañante, optó por callar. Estaba visto que él no podía entenderse con aquellas mentalidades inferiores. Lo dejaría en la primer parada del tranvía para que continuara el viaje por su cuenta.

Así lo hizo, y una vez libre de testigos inoportunos dió a su chófer las señas de cierta amiguita, joven y pizpireta, con quien se prometía pasar las felices horas de asueto que la férrea disciplina había consentido. Pero una primera decepción le aguardaba: la portera le hizo saber que la gatita había marchado a Valencia, algunos días antes, acompañada de cierto señor de cierta edad, político antiguo y magnate de la nueva burguesía, dejando como único rastro un cartel en la puerta del piso, en el que, entre treinta sellos de organizaciones y asociaciones antifascistas, podía leerse una recomendación de que se abstuvieran de utilizar aquel cuarto, que pertenecía a persona afecta al régimen y que, por imperativos de la causa, se había visto obligada a trasladar su residencia fuera de la capital de los obuses. Un poco mohino quedó nuestro buen amigo con este primer fracaso, pero pensando que aún tenía todo el día por delante para buscar un buen plan, decidió pasar el resto de la mañana haciendo compras de algunos artículos que le eran de imprescindible necesidad.

Así al dar la una, cuando al fin se decidió a tomar el aperitivo, era poseedor legítimo de seis camisas de seda para uniforme, dos frascos de litro de «Varón Dandy», un reloj de pulsera, dos bañadores Jantzen, una radio y un irrigador niquelado, que no es que le hiciera mucha falta, pero lo vió en el escaparate, tan bonito, que no supo resistir la tentación.

Al penetrar en el «Bar Berlín» (antiguo café de barrio, al que la revolución y su situación en pleno distrito neutral, habían dado categoría de antro elegante), quedó nuestro buen Juanito un poco desconcertado. A la izquierda del local y próximos a la puerta, unos doce milicianos, sentados alrededor de una mesa en la que lucían sendas cañas de cerveza, cantaban canciones revolucionarias y aires de las trincheras, haciendo galas de una alegría sana y optimista. El resto de los ocupantes del local (hasta unas cincuenta personas), era gente bien vestida de ambos sexos, que con rara unanimidad ostentaban brazaletes con los colores nacionales de diversas Repúblicas y Estados. Entre aquella abigarrada multitud no vió ningún rostro conocido, pero de pronto una voz amiga le llamó por su nombre. Volvió la vista y reconoció nada menos que a tres de sus mejores amigos. Tras los saludos de rigor se sentó con ellos y hablaron: ellos no habían ido al frente, pero en la retaguardia hacían una labor necesaria e insustituíble, ya que los tres constituían el Comité de Represión de la Mendicidad, y sobre ellos pesaba un trabajo agobiador. Los vermouths menudearon y pronto llegó la hora de las confidencias. Juanito les hizo saber el cargamento que ocultaba en su coche, y ellos palmotearon de júbilo, pues entre todos podían organizar una juerga estupenda. Ellos vivían en un piso requisado, donde tenían toda clase de bebidas, y si él quería podían comer allí todos juntos y después telefonearían a unas amiguitas suyas, Stajanovistas del placer, para que fueran al caer la tarde para cenar y reposar todos reunidos.

Acepto de buen grado nuestro Juanito, encantado del plan inesperado que la suerte le deparaba, y tras la opípara comida durmió una siestecita que le dejaría en óptimas condiciones para la juerga nocturna. A la hora señalada se presentaron tres muchachas, suculentas y frescachonas, que pronto comenzaron a tragar «wiskey» para ir animándose, tarea en la que el buen Juanito las acompañó, sentando fama de buen bebedor. Tras las copiosas libaciones se sirvió la cena, y después una taza de buen café y múltiples copas de mejor coñac, del que también abusó Juanito, y... a la mañana siguiente fué interrumpido en sus sueños de gloria por la voz de su chófer, que le repetía insistentemente que eran las diez de la mañana y que si se retrasaba se llevaría una buena reprimenda de su Jefe.

Volvió la vista en torno suyo y se encontró en un cuarto desconocido; y lo peor del caso es que estaba solo. Sus tres amigos habían aprovechado su borrachera para acostarle, llevándose ellos a las tres ninfas. Esto le serviría de escarmiento, para no fiarse otra vez de los héroes de la retaguardia.

Y sin despedirse de nadie, cabizbajo y meditabundo, salió de aquella casa y subió al coche para regresar a las trincheras, no sin haberse detenido antes en una farmacia para comprar un tubo de aspirina, ya que la cabeza le dolía más que el día aquel en que le acarició un mortero algo violentamente.

¿Qué dirían sus compañeros de la forma en que había empleado su tiempo de permiso? Pero no había que apurarse; como nadie le había visto, podía contar a su modo lo sucedido y quedar como un hombrecito. Al fin y al cabo, quién sabe si a los demás les habría sucedido otro tanto.

Paco el del Molino.

Biblioteca Nacional de España

Extremadura: reino de Su Magestad el hambre.

Ninguna región de España, fué tan ingratamente olvidada por todos como mi Extremadura. Su nombre, en alza en tiempos de la conquista del solar americano sufrió un colapso al desaparecer aquellos colosos que, como Pizarro, Cortés y tantos otros, en un alarde de inusitado valor, despreciando la palabra imposible, surcaron el proceloso Océano, sin sernautas, para conquistar tierras allende do las penalidades se contaban por mil.

Su carácter bravío, retratado en la Historia, no se pierde. Consérvase perenne en las generaciones sucedáneas, sin que les falte a éstas enemigo con quien probar el temple de su acerado carácter.

Durante mucho tiempo la resignación se enseñoreó de la conciencia de los oscuros labriegos extremeños, herederos legítimos de las glorias amasadas con la sangre de los héroes de América. El ciego destino les tenía reservado soportar el yugo señorial. Como si la filosofía fatalista hubiese arraigado en sus cerebros y éste les dictase que contra aquéllo nada podían, estoicamente lo aceptaban.

Su ignorancia eran sus cadenas. Bien lo sabía toda aquella gama de explotadores: desde el rufián absentista hasta el usurero sin entrañas, que en monstruoso connubio se habían desposado con la Iglesia... Esta y aquéllos cuidaban de la opacidad de la venda que cubría los ojos del pobre, fomentando su ignoarncia y, por ende, el grosor de sus oprobiosas cadenas.

El obrero justificaba el "ser" sin pararse a meditar sobre el "deber ser". Su yo pensante, estaba muerto. El opio religioso, suministrado en grandes dosis, había matado su iniciativa convirtiéndolo en esclavo de la fe. Se había llegado a la mecanización del hombre al arrebatarle el alma. Fué convertido en un animal doméstico, al que se flagelaba para someterle al trabajo como una caballería cualquiera, obligándole a soportarlo durante jornadas interminables...

En la plaza pública se exponía la mercancía trabajo, con una desproporción de oferta a demanda que hacía se pagase por él un precio irrisorio, dependiente siempre del caprichoso arbitrio del "señor", sin que le cupiese al pobre otra acción que inclinar la cerviz y arrastrar el pesado yugo.

En el arcano de la conciencia de algún que otro depauperado, vivía latente, como escondido, un germen de rebeldía que jamás se atrevió a manifestarse porque el ambiente de fuera le asfixiaba, le estrangulaba. Mientras tanto, allá lejos, en la ciudad, el obrero, más culto por razones de medio, asimilaba el espíritu de lucha de sus hermanos de otros países y a duras penas hacía conquistas. Pequeñas conquistas, que eran el punto de ignición de otras de mayor envergadura llevadas a cabo al correr del tiempo. Mas el agro permanecía olvidado, dormía su infelicidad y desventura. Los portavoces de la buena nueva, aún no habían dado el aldabonazo en la fría puerta de su hermética conciencia, para sacarlo de aquel triste sopor.

Era su Majestad el Hambre la única que les dirigía su glacial palabra. Huía del suntuoso hogar del rico e inclemente, se albergaba en las pestilentes zahurdas que servían de cobijo al pobre. Mas, sin embargo, fué el hambre el abono que fertilizó aquellos espíritu salvajes que había de roturar el arado de los propagandistas para depositar en el fondo de los surcos la semilla de la redención.

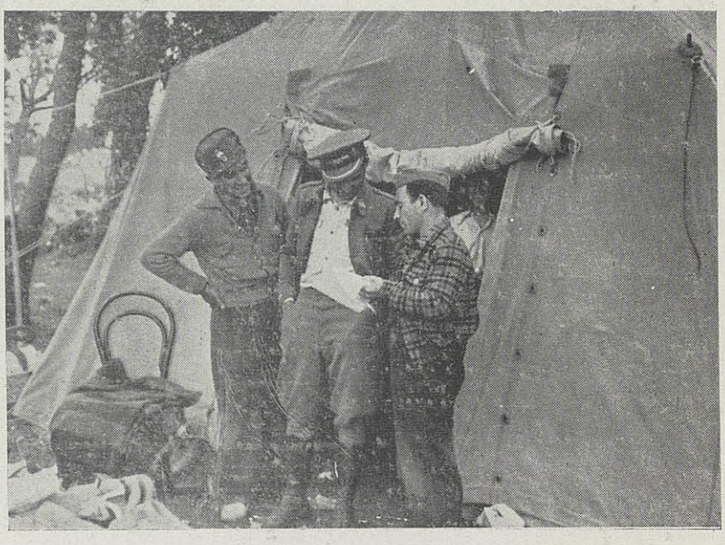
Pasó raudo el tiempo y venturosamente hicieron su aparición los nuevos profetas que, a diferencia de los bíblicos, cambiaban en la propia tierra las argollas opresoras por la libertad, sin tener que esperar a la mítica ascensión al cielo.

Apiñábase el pueblo para oírlos. Accidentalmente se sintieron juntos los que antes permanecieron desperdespués, al conjunto, sintiéndose fuerdigados. Se miraron unos a otros, y tes... ellos que tan débiles habían sido, menudearon las reuniones y así se fué forjando en ellos la idea de la sociabilidad. Poco a poco desaparecía la accidentalidad de las reuniones, ponderadas sus ventajas llegaron a asociarse para librar batallas económicas contra su secular enemigo: el adinerado. Y así en nuestros días, al calor de la tan virtuosa asociación, han elevado su condición de esclavos convirtiéndose en verdaderos hombres, templados en la crudeza de una lucha sostenida con tesón para conseguir una existencia más digna.

Por eso hoy, en que estamos empeñados en una guerra que tiende a eliminar del tablero económico-político al capitalismo, vemos a los extremeños levantarse con singular bizarría, con sin par denuedo contra la barbarie negra, cuyas uñas y dientes tuvieron durante tanto tiempo clavados en sus carnes. Al admirar sus nuevas gestas se resucitan las glorias pretéritas y en la Bolsa de la guerra han recobrado el alza los valores extremeños que no llegaron a morir con nuestros abuelos. Valores que se mantendrán enhiestos mientras dure esta lucha que arrancará el terruño extremeño de manos de sus infames explotadores, para devolverlo a los que de siempre, con su sudor lo fertilizaron.

EMILIO VERA
Asesor jurídico de la 14 División.

Un puesto de mando en una avanzadilla.



El teniente Gutiérrez de la 70, comunicando instrucciones a un compañero de trasmisiones. *Fotos Sanz de Ancos.*

Reparto de prensa en los frentes.

El gran error de la retaguardia

A las trincheras llegan periódicos de todos los matices ideológicos. El Comisario que sabe cumplir su obligación, ta reparte toda sin fijarse en la idea que profesa el Batallón o Compañía.

Pero el soldado que en las trincheras no entiende de ideas, que sólo sabe que está luchando para derrotar al fascismo y conquistar para España una era de paz y libertad, no sabe a qué carta quedarse; lee un periódico marxista, que le habla mal de los anarquistas; lee un diario anarquista, que censura las actividades comunistas; lee la prensa republicana, que le habla de República democrática y otras cosas raras y anticuadas, y ante uno y otro periódico, el soldado que en la trinchera sólo sabe que es soldado antifascista de vanguardia exclama: ¿pero es que aún existen diferencias de partido, cuando tenemos a los fascistas frente a nosotros? ¿Es que los que así disputan conocen la guerra? ¡Indudablemente, no! No conocen la guerra; no saben que las amarguras y sinsabores que produce la estancia en las trincheras, frente al enemigo común.

Y por la prensa diaria—escasa, pero lo suficiente para envenenar el ánimo de los combatientes—se enteran de que en la retaguardia no han comprendido aún de que el fascismo sigue existiendo.

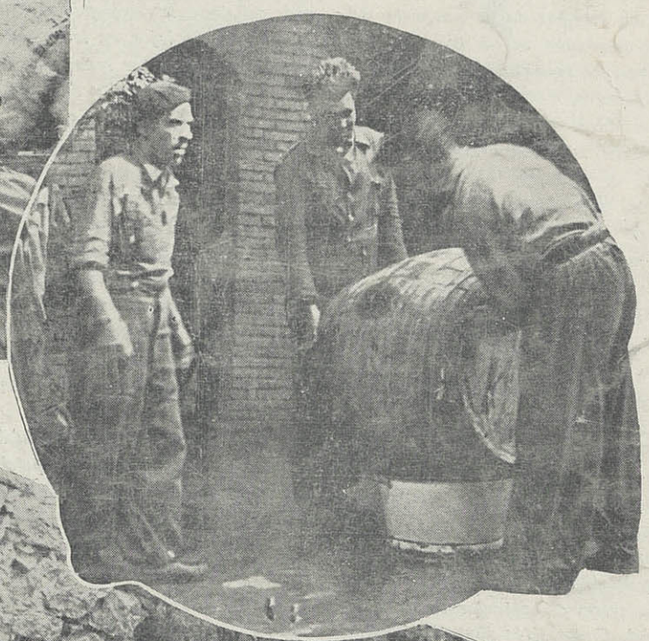
Bien está que el soldado que lucha sepa de las amarguras de la falta de alimento, de tabaco y de libros, que pase frío y calor, que no conozca los relevos. Todo esto lo soporta pensando que en la retaguardia obran como hombres dignos de los que soportan los horrores de la guerra; pero no hostigarle demasiado, no le desmoralicéis con vuestros actos, pues puede llegar el momento que a todos os considere por igual: al enemigo de enfrente, y al que en la retaguardia no supo cumplir con su deber, y entonces...

A. GUTIÉRREZ,
Comisario de Compañía. 70 Brigada, 4.° Batallón.

La Alcarria, 8 junio.

Biblioteca Nacional de España

LA HORA DEL RANCHO



Los servidores de aprovisionamiento están admirablemente servidos. He aquí una prueba gráfica. Los muchachos de la 72, se ven asistidos por el esfuerzo de sus compañeros, que a dos pasos de las líneas de fuego, cuidan de que nada falte a la hora del rancho. Desde la distribución de víveres, hasta su condimento, todo está en punto.

Un esfuerzo común, un anhelo colectivo, una admirable fusión de actividades...

(Fotos Sanz de Ancós)

Biblioteca Nacional de España